

## Una historia de amor por Norita Escribiki

Miguel era un conductor de transporte metropolitano de Sevilla que en sus tiempos libres practicaba el ciclismo de Mountain Bikes. En el circuito de La Algaba al Parque del Alamillo, Miguel ha participado en varias carreras ganando en una ocasión. El circuito comienza justo en la plaza donde el autobús sale que él lleva. Recorre un típico circuito rural verde de carreras MTB y llega al Parque, unos años al mismísimo Estadio Olímpico y otras en la avenida cercana al Cortijo.

María había conseguido una ayuda económica de los asuntos sociales y se dio cuenta de que en el Aljarafe encontraría todo tipo de grandes superficies comerciales donde hacer significativas compras. Nunca había montado en los buses que salían de la Estación Plaza de Armas para acceder a aquellas áreas. Así que cuando por primera vez subió al bus metropolitano sintió cierta alegría. Pero su alegría se tornó en desánimo al ver a Severina dentro del autobús, que por alguna maldita razón la seguía a todas partes. Como esperándola, Severina la escrutaba con la mirada mientras María iba por el pasillo buscando el único asiento libre que quedaba, el de al lado de Severina.

Miguel comentaba con otros conductores sobre el cambio climático y la limpieza atmosférica durante los días de confinamiento y mirando de soslayo vio la situación de dentro del autobús. Miguel, que llevaba más de treinta años en el servicio, en un arranque de intuición y conociendo cómo eran los usuarios antiguos y nuevos, jugó la baza de los asientos marcados de modo que, antes de salir, pidió que se reubicaran algunos usuarios, entre otros María y Severina. Tenía buen ojo tras mucho tiempo.

“¡Un ángel!, clamó por dentro María, ¡un ángel es este conductor!”. Y la verdad, que la intuición o conocimiento de Miguel libró a María de un viaje tenso. Severina que pertenecía a ese grupo de gestores escrutadores que buscan cualquier motivo para espiar y molestar a personas que lo único que hacen es lo básico como es ir a comprar, se encorajinó de tal modo que se bajó del autobús

antes de que este saliera. Y algún que otro alborotador y alborotadora de otros asientos también se calmaron.

Miguel había logrado, sin saber más, devolver la sonrisa con la que María había entrado al bus. Había ganado la copa de la amistad de María, un trofeo más valioso si cabe que el de las carreras de Mountain Bikes.

Todo esto lo recuerda ahora María muchos años después, casada con Miguel.